

UC Berkeley

Lucero

Title

Sin fingir fábulas: El Inca Garcilaso y el Padre Acosta en los Comentarios Reales

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/9f81x7w0>

Journal

Lucero, 1(1)

ISSN

1098-2892

Author

Ruster, Michael Bradbum

Publication Date

1990

Copyright Information

Copyright 1990 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

Sin fingir fábulas:
El Inca Garcilaso y el Padre Acosta
en los *Comentarios Reales*

Michael Bradburn Ruster
Department of Spanish and Portuguese

Los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega (1609) forman, indudablemente, uno de los volúmenes más importantes entre las obras que tratan del Nuevo Mundo; además, este libro, escrito por un mestizo de padre español y madre inca, es quizás el más discutido de todos los que pretenden dar una imagen del mundo y de la gente conquistados por los españoles. No han sido infrecuentes las imputaciones de credulidad, mendacidad y plagio que diversos críticos han hecho al Inca. Porras Barrenechea ha enumerado varios tipos de juicio en contra de los *Comentarios*: la ambivalencia de Menéndez y Pelayo, quien ha descrito la obra como historia que sufre de invención novelística (403), aunque consideraba al Inca como el mejor prosista americano (408); el desdén de Ticknor, quien desprecia el libro de Garcilaso como chismografía, tachando también el estilo de la obra por ser difuso (403); y la acusación de Gonzales de la Rosa, según el cual la obra de Garcilaso es un plagio descarado (405). En contraste, Porras afirma que el Inca exhibe la "sinceridad de historiador que huye de la fábula y busca ávidamente la verdad" (391).

En las siguientes páginas nos limitaremos a examinar, con el intento de resolver precisamente las cuestiones ya mencionadas, la manera en que emplea el Inca ciertos trozos de la *Historia natural y moral de las Indias* (1590), obra del eminente jesuita José Acosta, conocido como "el Plinio del Nuevo Mundo" (Porras 376). A pesar de que el Inca dice en su Proemio que, conforme al título de su libro, escribirá sólo para comentar, glosar e interpretar a los historiadores españoles, "que mi intención no es contradecirles" (23), veremos que su manera de proceder es de hecho un poco más compleja. Su modo de emplear los fragmentos de Acosta puede dividirse en tres categorías:

1) Citar y comentar; 2) Aumentar o añadir; 3) Rectificar o corregir.

Como veremos, este procedimiento tiene a su vez tres fines:

1) Establecer su propia veracidad;

2) Demostrar su conocimiento íntimo del mundo incaico, el cual les hace falta a los españoles;

3) Desvanecer la noción engañosa de la barbaridad de los incas.

Primero examinaremos los lugares en donde el Inca se limita a citar y comentar sobre la obra de Acosta. En el libro V, capítulo 6 de los *Comentarios*, el Inca cita lo que dice Acosta de la manera bondadosa en que trataban los reyes incaicas a sus vasallos; y en lo siguiente se ve cuán lejos está Garcilaso de cometer plagios, y a la vez se nota el modo en que emplea la cita para probar que no está mintiendo: después del pasaje de Acosta dice, "Hasta aquí es ajeno, y holgué ponerlo aquí, como pondré en sus lugares otras cosas de este muy venerable autor, que es el Padre Joseph de Acosta, de la Compañía de Jesús, de cuya autoridad y de los demás historiadores españoles me quiero valer en semejantes pasos contra los maldicientes, porque no digan que finjo fábulas en favor de la patria y de los parientes" (V,6:331). Afirma más tarde la capacidad de gobernar de los incas cuando declara que los indios tenían "lo necesario para la vida humana... como si fueran ricos," y que enseñaban a los indios todos los oficios necesarios para sobrevivir (V,9:338-9); en ambos casos una cita de Acosta apoya lo que dice Garcilaso.

En el séptimo libro el Inca explica cómo los incas trataban a los herederos de sus vasallos. Por medio de su sagacidad y justicia, dice, los incas, al ofrecer favores y familiaridad a los príncipes de las provincias, engendraban un sentido de lealtad y evitaban levantamientos (VII,2:134-5); la cita de Acosta que emplea confirma esto: "en su gobierno procedían, no sólo con gran poder, sino también con mucha rectitud y justicia, no consintiendo que nadie fuese agraviado" (Acosta VI,12:295).

Uno de los aspectos más impresionantes de la civilización incaica fue la grandeza de sus edificios y la precisión con que los construyeron. Al hablar de la majestad de la fortaleza del Cuzco y las maravillas de su construcción—lograda sin recurso a carros para transportar las piedras ni a la escuadra o la regla para asentarlas—el Inca se atiene a Acosta, por carecer él mismo de la medida precisa de las piedras, la cual el Inca había pedido a sus discípulos en el Perú; y aunque ha recibido la medida, "no ha sido la relación tan clara y distinta como yo la pedía de los tamaños de las piedras mayores" (VII,27:213-4). He aquí sólo un ejemplo—y los hay muchos—de su preocupación con la verdad y la precisión, evidente a través del libro: presentado con esta oportunidad de inventar o aun mentir, el Inca opta por las definitivas medidas obtenidas por el jesuita, aun cuando éste, al mencionar sus figuras, escribe que "hay muchas piedras de mucho mayor grandeza" (Acosta VI,14:297).

En un pasaje que quizá sirviera para alegar la credulidad del

Inca, si no fuese bien mirado, el autor menciona la tradición de los gigantes de Pasau, observando que aparece este cuento en Acosta y Zárate, pero aquí cita a Cieza, quien da una versión más extensiva que los demás (IX,9:335-7). Muy lejos de revelar la ingenuidad de Garcilaso, la mención de esta tradición establece que el Inca no está idealizando a los indios hasta el punto de sugerir que son gente de pura razón. Como ha hecho anteriormente con la fábula del origen de los incas, el autor está repitiendo, a modo de buen antropólogo, una creencia regional. En cuanto a la verdad y la fábula, Porras ha comentado sabiamente que para Garcilaso "ambas eran necesarias para la reconstrucción del espíritu de un pueblo y de una época" (404). ¿Hace falta observar que apuntar no es aprobar?

Naturalmente, Garcilaso también mencionará la maravillosa abundancia de las frutas en el Perú. Los plátanos, nos informa, "dan su fruto en racimos tan grandes que ha habido algunos, como dice el Padre Acosta [en IV,21], que le han contado trescientos plátanos" (VIII,14:268). Y en cuanto al ganado, la fertilidad de las vacas es tal que "fuera increíble si los cueros que de ellas cada año traen a España no lo testificaran," y sigue esta declaración con las figuras que da Acosta [en IV, 33] de los cueros llevados en la flota de 1587: 99.794, al combinar los de Santo Domingo y de Nueva España (IX,17:362). Parece que a Garcilaso se le ocurre, al hablar de la prodigiosa fecundidad de la tierra y del tamaño de las verduras y frutas allí producidas, que alguien pudiera dudar su veracidad—siempre se muestra consciente de que el Nuevo Mundo representa para el europeo una zona inaudita, mítica—y así se atiene a Acosta [en IV,19] para apoyar sus aseveraciones, concluyendo al fin que la autoridad del jesuita "esfuerza mi ánimo para que sin temor diga la gran fertilidad que aquella tierra mostró a los principios con las frutas de España, que salieron espartables e increíbles..." (IX,29:391)

Habiendo examinado la primera categoría que establecimos sobre las citas de Acosta que usa el Inca, pasemos a la segunda, en donde suele aumentar y añadir, sugiriendo—aunque sólo de manera implícita o muy sutil—que Acosta, a pesar de su gran autoridad, carecía de ciertos datos o detalles importantes. Por supuesto, Acosta no es el único: para Garcilaso, como observa Åke Wedin, las historias españolas en general sufren ciertos defectos, sea porque los datos suyos no son verdaderos, sea porque les falta a los cronistas anteriores suficiente conocimiento lingüístico (88). Así es que, al mencionar el viaje improvisado de Alonso Sánchez de Huelva y el subsiguiente descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón, Garcilaso critica a Gómara, diciendo que éste escribió lejos del Perú, empleando hechos

imperfectos, recogidos de gente que iba y venía, mientras que para Garcilaso mismo es muy otra cosa: él ha oído las historias "en mi tierra a mi padre y a sus contemporáneos" (I,3:33). Aunque Acosta ha mencionado el inesperado viaje al Nuevo Mundo, no menciona el nombre de Alonso Sánchez, quien sólo aparece como un marinero "cuyo nombre aún no sabemos." El Inca observa que Acosta ha hallado lo esencial de la relación, "aunque no toda" (I,3:34).

La injusticia de juzgar a los indios como brutos es un tema constante del Inca, y halla mucho apoyo en la *Historia* del jesuita. Garcilaso describe la poesía y las tradiciones de los incas amautas, después de lo cual incluye un trozo importantísimo de Acosta: la mayor parte del primer capítulo del libro sexto, donde propone derribar la opinión—"que es tan vulgar y tan pernicioso engaño"—de que a los indios incas y mexicanos les faltaba la luz del entendimiento. A pesar de tener ciertas cosas bárbaras, "había también otras muchas dignas de admiración." Aun los compara Acosta a las repúblicas romana y ateniense, que también cometieron "ignorancias dignas de risa." A esto el Inca añade que los incas poseían el don de componer fábulas en prosa y en verso que encierran tradiciones y moralejas. Los españoles no entienden el propósito de estos cuentos y poemas porque quieren "que no sean fábulas, sino historias verdaderas." En fin, son los españoles los que no distinguen entre las historias y las fábulas de los indios, "porque no entienden la alegoría de ellas" (II,27:184). Pero otra vez vemos como el Inca sí está distinguiendo, y la imputación de su notoria credulidad queda sin cimiento.

En el libro quinto de los *Comentarios*, Garcilaso discurre sobre la muerte de Viracocha y afirma que vio su cuerpo conservado en 1560 en la posada de Polo Ondegardo. Cita a Acosta, que también había visto un cuerpo conservado, y que conjetura [en su libro V,6] que deben haber usado betún para conservarlos "enteros, sin oler mal ni corromperse, más de doscientos años." En esta ocasión, antes de añadir a la observación de Acosta con una teoría propia, se increpa a sí mismo por su descuido de no haber averiguado el secreto del proceso de embalsamar, puesto que a él "por ser hijo natural, no me lo negaran, como lo han a los españoles" (V,29:405). Entonces aventura la teoría de que los incas habrían llevado los cuerpos a la zona de las nieves para que se secan, y luego "les pondrían el betún que el Padre Maestro dice..." (V,29:406). He aquí otro aspecto civilizado de los incas, verificado por la autoridad de Acosta, y particularmente notable por ser una ciencia que los europeos ni poseen ni pueden explicar. Muestra, además, la prudencia y honradez de Garcilaso, quien, frente a un fenómeno desconocido, no inventa sino que propone una teoría

verosímil y probable. En cada momento lo observamos estableciendo—no excediendo—su autoridad.

Sin duda uno de los temas más importantes para el Inca Garcilaso es el de la misión civilizadora de los incas, de la cual nos ofrece un insigne ejemplo en el episodio de los Chirihuanas. Nos enumera las características bestiales de esta tribu, que vivía en una región de ciénagas y pantanos: estas criaturas son "peores que bestias fieras," no tienen leyes ni religión, comen carne humana, y practican el incesto (VII,17:184). El deseo de los incas de conquistar a esta gente no surge sólo por una sed de gloria, sino de una noble vocación: el inca Yupanqui, según Garcilaso, habló de "la obligación que tenemos de conquistar los Chirihuanas, para sacarlos de las torpezas y bestialidades en que viven y reducirlos a vida de hombres, pues para eso nos envía nuestro padre el Sol" (VII,17:184-5). Pero la expedición fracasó a causa de la tierra casi impenetrable. La cita de Acosta que emplea el Inca menciona la expedición entablada por el Virrey Toledo, que también fracasó. Sirve para respaldar de modo oblicuo la tesis de Garcilaso: los mismos españoles no pudieron llevar a cabo un esfuerzo abandonado por los incas. Así, sutilmente, Garcilaso iguala el valor de los incas con el de los españoles (VII,17:185).

En varios lugares el Inca habla de los animales del Nuevo Mundo, frecuentemente añadiendo detalles a lo que Acosta ha escrito: sobre la plaga que afectó a muchos animales (VIII,16:276), o en loor de la llama (VIII,16:279), o de las virtudes medicinales de la vicuña (VIII,17:280); pero al mencionar el tigre, el Inca nos revela un aspecto íntimo del problema con que él tiene que enfrentarse al escribir: no puede recordar el nombre del tigre en quechua, y lo que sigue es a la vez una confesión y una aceptación de sus límites, levemente matizadas con tristeza y nostalgia: "Reprendiendo yo mi memoria por estos descuidos, me responde que por qué le riño de lo que yo mismo tengo la culpa; que advierta yo que ha cuarenta y dos años que no hablo ni leo en aquella lengua" (VIII,18:282). Nos sugiere así, con un tono agridulce, cómo debe ser el conflicto que sufre y la necesidad de reconciliar para sí la distancia geográfica, cultural y espiritual que divide sus dos mundos. Al mismo tiempo vemos su sinceridad y honradez respecto a la verdad y a sus propias lagunas: "Creo que el tigre se llama *uturuncu*, aunque el Padre Maestro Acosta da este nombre al oso, diciendo *otoroncos*, conforme a la corrutela española; no sé cuál de los dos se engaña; creo que Su Paternidad" (VIII,18:282). Se destacan aquí el cuidado y la humildad del Inca: en este campo de la lengua, donde fácilmente podría ejercer su autoridad como nativo, admite la tenuidad de su conocimiento.

Con respecto a las variedades y características de "monas y micos" dice que lo que ha oído y observado coincide con lo dicho por Acosta en su libro cuarto, solamente añadiendo cómo "las monas y micos traen los hijuelos a cuestras" (VIII,18:284). También nota el Inca cómo Acosta menciona varias aves, entre ellas el cóndor, que los indios llaman *cúntur* (VIII,19:285-6).

En el mismo libro Garcilaso se refiere a lo que dice Acosta sobre las perlas y el método de sacarlas, y añade a esto dos anécdotas (VIII,23:298-9). Pero en cuanto a los metales preciosos, el Inca es muy breve: señala que Acosta en su cuarto libro "escribe largo del oro y plata y azogue que en aquel Imperio se ha hallado... por esto dejaré yo de escribirlo" (VIII,24:304).

Sobre el gran inca Huaina Capac y sus hijos el Inca, naturalmente, alarga su discurso. Huaina Capac se dio cuenta, sugiere Garcilaso, de que el sol no podía ser el Dios supremo, sino que debería haber un Dios aun más alto, porque el Dios supremo del universo se holgará de descansar, mientras que el sol siempre está en movimiento. A causa de esta observación de Huaina Capac, los españoles decían que si él "alcanzara a oír la doctrina cristiana, recibiera con mucha facilidad la fé católica, por su buen entendimiento y delicado ingenio" (IX,10:338-9). Como en tantas otras ocasiones a través de los *Comentarios*, Garcilaso está realzando la innata espiritualidad de los indios, su proximidad al pensamiento cristiano y su lejanía de la pura idolatría: en su retrato de Huaina Capac, éste es casi un místico natural, quien ha entendido que el ser superno tiene que trascender cualquier forma o límite de la esfera fenomenal. Para respaldar la figura que ha presentado de Huaina Capac, el Inca incluye la versión de Acosta, en la cual no se menciona el nombre del rey inca: "si con razones suaves y que se dejen percibir les declaran a los indios sus engaños y cegueras, admirablemente se convencen y rinden a la verdad" (IX,10:339). La conclusión de Acosta sirve para apoyar la tesis de Garcilaso respecto a la inteligencia y el entendimiento de los indios, pero el Inca va aun más lejos, sugiriendo que Huaina Capac no sólo sería *capaz* sino que casi estaría *dispuesto* a entender "la verdadera fe."

Con el episodio de la traición de Atahualpa después de su fingida sumisión a su hermano Huáscar, se nos presenta un ejemplo clave para tener un entendimiento de Garcilaso, porque al detallarlo no rehuye relatar la astucia y disimulación de Atahualpa; es más, se puede decir que aun exhibe cierto afán al denunciar al traidor. Obviamente Garcilaso no está idealizando hasta el punto de falsificar, como acusan algunos críticos; mas el hecho es que no pierde la

oportunidad de recalcar lo insólito de esta maña, la cual condena sin ambages. La razón por la cual se ejecutó este plan sin estorbos fue precisamente, nos informa Garcilaso, el hecho de que tal engaño fue una ocurrencia tan desacostumbrada entre los incas: así nos explica el descuido de Huáscar. Y acude a Acosta otra vez para apoyar su afirmación: los indios tenían gran reverencia por los incas, escribe Acosta [en VI,12], por "jamás haberles hecho ninguno de los suyos traición" (IX,33:401-2).

Ahora que hemos explorado los casos en que el Inca aumenta o añade a lo que ha escrito Acosta, vamos a nuestra tercera y última categoría, donde el Inca corrige lo que cita de Acosta.

Al tratar del nombre "Perú", Acosta explica en su *Historia* que fue aplicado al país por los españoles, y que los indios no usaban tal nombre (Acosta I,13); afirma que el nombre se deriva de un río. El Inca lo cita en el quinto capítulo del primer libro, pero ya ha explicado en el capítulo anterior que de hecho el nombre es una fusión—una confusión—del nombre de un indio (Berú) y de la palabra genérica—no un nombre propio—para "río" (pelú). Al mismo tiempo que emplea a Acosta, alabándolo como autoridad, muestra su equivocación para que, de manera a la vez humilde y astuta, su propia autoridad como indio quede realzada.

Este propósito de rectificar es una de las tendencias más fuertes del libro, aunque el Inca siempre lo revela con suma cortesía. En su capítulo dedicado a los historiadores españoles (II,10), para apoyar lo que ha afirmado respecto a los incas saliendo de la laguna Titicaca, cita a Gómara, Zárate y Acosta, y concluye con una frase que declara la historicidad de su propia versión y resume su actitud hacia los cronistas anteriores: "no decimos cosas nuevas, sino que, como indio natural de aquella tierra, ampliamos y extendemos con la propia relación la que los historiadores españoles, como extranjeros, acortaron por no saber la propiedad de la lengua ni haber mamado en la leche aquestas fábulas y verdades como yo las mamé" (II,10:134). Por no haber vivido la realidad y la tradición incaicas, y por no hablar la lengua, los españoles no pueden penetrarlas, por más diligentes y sinceros que sean.

También el Inca corrige a Acosta con respecto a las torres astronómicas al oriente y al poniente de Cuzco, donde se podía observar el solsticio vernal o hienal: mientras que Acosta escribió que eran doce torres (VI,3:283), Garcilaso dice que son ocho, y nota que Acosta no da su exacta posición; pero lo curioso es que tampoco el Inca especifica la ubicación de las torres (II,22:165).

En su *Historia natural* (VI,21), Acosta menciona la batalla que

tuvieron los incas contra los Chancas en el tiempo del Inca Viracocha (Pachacuti Inca Yupanqui), pero Garcilaso afirma que el jesuita describe la batalla "abreviada y confusamente, como son casi todas las relaciones que de los indios dan los españoles, por las dificultades del lenguaje y porque tienen ya perdidos los memoriales de las tradiciones de sus historias. Dicen en confuso la sustancia de ellas, sin guardar orden ni tiempo." Pero de todos modos Garcilaso cita esta versión inexacta de Acosta, "para que se vea que no finjo fábulas" (V,18:369). Otra vez vemos al Inca protestando su veracidad, tan consciente de ser acusado de inventar.

Para corroborar sus propias afirmaciones sobre el fantasma de Viracocha que le aparece al Inca y de la sucesión del hijo Pachacútec, Garcilaso cita la *Historia* de Acosta; pero rectifica la versión dada por el jesuita: "Lo que Su Paternidad dice en el capítulo veintiuno que el Pachacútec quitó el reino a su padre, es lo que hemos dicho que el inca Viracocha se lo quitó a su padre, Yahuar Huácac, y no Pachacútec a Viracocha, su padre, que atrasaron una generación la relación que a Su Paternidad dieron" (V,28:401-2). Aquí se nos presenta el uso que hace Garcilaso de Acosta claramente perfilado: primero cita a Acosta para establecer la veracidad de lo que él mismo ha dicho, y entonces da vuelta a la medalla para demostrar—como siempre, de modo sutil y humilde—que sus propios conocimientos superan a los de la autoridad jesuita.

Finalmente, veremos como vuelve a surgir de nuevo el problema del lenguaje. En el octavo libro de los *Comentarios*, el Inca menciona el color carmesí que usaban los incas como afeite, el cual "en los minerales del azogue se cría en polvo, que los indios llaman *ichma*; que el nombre *llimp*, que el Padre Acosta dice, es de otro color purpúreo, menos fino..." (VIII,25:306). De nuevo el Inca ha logrado rectificar, por medio de su conocimiento de la lengua, la información que había apuntado el jesuita.

Ahora podemos ver las acusaciones contra el Inca desde otra perspectiva: las nociones de su credulidad, mendacidad y plagio han resultado insostenibles; la primera porque, como hemos visto, distingue claramente entre fábula e historia; la segunda porque se puede hallar la gran mayoría de los fenómenos o eventos que cita (aunque a menudo no los detalles) en las obras de otros cronistas; y la tercera porque al citar a otros historiadores, no sólo anuncia el hecho de que es una cita y de quién, sino que ofrece, al menos en el caso de Acosta, el lugar de la cita, hasta libro y capítulo.

Sin embargo, se puede observar que si el Inca no peca por comisión, lo hace por omisión: no miente, pero sí suprime. Cita

abundantemente los libros cuarto y sexto de Acosta, pero muy poco del libro quinto, donde el jesuita habla de las religiones incaica y mexicana. Acosta se refiere a la conservación de cuerpos en el mismo capítulo de su *Historia* en que habla de la idolatría de los muertos (V,6:227): el Inca cita a la primera, pero en cuanto a la segunda, calla. Igual con el sacrificio de sirvientes y mujeres para acompañar a los muertos en el otro mundo (V,7:227); el sacrificio de las doncellas en los monasterios (V,15:240-1); el sacrificio de niños (V,19:248); y los hechiceros (V,26:264).

Así, tenemos que concluir que el Inca, hombre honrado e historiador serio, no inventaba fantasías al escribir, pero sí idealizaba: nos ha dejado un documento "depurado, según la tradición oficial incaica" (Porras 399). A la vez, hay que reconocer las dudas expresadas por Åke Wedin sobre la naturaleza de esta misma tradición: ¿por qué esta tradición habría negado el sacrificio, como si adivinara los valores morales de los europeos? (89) Esto aun necesita aclararse; pero en cualquier caso, lo importante es reconocer que la esencial integridad del Inca queda fuera de duda, y que ha logrado darnos, como ningún otro escritor de la época, una visión compasiva y compleja del gran Imperio Incaico.

OBRAS CITADAS

- Acosta, José. *Historia natural y moral de las Indias*. ed. Edmundo O'Gorman. 2a ed. rev. México: Fondo de Cultura Económica, 1962.
- Garcilaso de la Vega, "El Inca". *Comentarios reales*. ed. María Dolores Bravo Arriaga. 2 vols. México: SEP/UNAM, 1982.
- Porras Barrenechea, Raúl. *Los cronistas del Perú (1528-1650)*. Lima: Biblioteca Clásicos del Perú, 1986.
- Wedin, Åke. *El concepto de lo incaico y las fuentes*. Studia Historica Gothoburgensia VII. Uppsala: Akademiflaget, 1966.